



José Ramón Guzmán Álvarez
Consejería de Agricultura,
Ganadería, Pesca y Desarrollo
Sostenible. Junta de Andalucía

■ El autor reflexiona sobre la magnitud del cambio social y cultural y cómo afecta a nuestra concepción de la naturaleza y las formas de relacionarnos con ella. Sugiere unas relaciones más amigables y unas prácticas menos agresivas que no comprometan la obtención de recursos y, en concreto, la producción de alimentos. Considera que se ha avanzado en la incorporación de prácticas agrícolas y ganaderas en esa dirección, y se dispone de un creciente abanico de fórmulas para lograrlo, tal como se viene observando en las nuevas orientaciones de las políticas agrarias y rurales.

Palabras clave:

Naturaleza | Biodiversidad |
Agricultura | Medio ambiente |
Sostenibilidad.

Recuperar naturaleza en la ciudad, el campo y los bosques

A veces no reparamos en la profundidad del cambio social y cultural que estamos experimentando. Al formar parte de este momento histórico, compartimos la aceleración de los acontecimientos, y al igual que ocurre con el movimiento espacial, nos cuesta percibirnos de la velocidad que ha adquirido nuestra dimensión temporal. Veámoslo con una analogía espacial: ¿cuántos de nosotros concebiría como un sueño irrealizable viajar a 100.000 km/hora, dos veces más que la velocidad de la nave espacial Voyager, uno de los objetos más rápidos que el ser humano haya construido nunca?

En realidad, todos vamos viajando a esa velocidad. Montados en la nave espacial llamada Tierra, esa es la cantidad aproximada de kilómetros que recorreremos cada hora en nuestro tránsito alrededor del sol. Pero somos partícipes del mismo movimiento y no lo percibimos. Y aunque tuvo que venir Einstein para darnos la clave de que bajo esta paradoja se escondía la naturaleza relativa del universo, desde siempre deberíamos haber advertido la relatividad a la que nuestra vida está sometida: solo hacía falta montarse en un carromato para apreciar que los de dentro estaban aparentemente parados a pesar de que avanzaran a la velocidad que

buenamente pudieran alcanzar los animales de tiro.

Con la aceleración social y cultural de las últimas décadas nos está pasando algo parecido. Estamos dentro de ella, forma parte de nuestra cotidianeidad, de modo que, al igual que ocurre con el movimiento, para apreciar con cierta objetividad la velocidad del cambio necesitamos salir de nuestro quehacer y contemplarnos desde fuera.

¿Y qué veríamos? Mirando hacia lo lejos en el tiempo, repararíamos en que durante el periodo más extenso de la historia de la Humanidad hemos tenido una relación que podríamos calificar como suave con el mundo que nos rodeaba. Interaccionábamos a modo individual y local, podríamos llegar a ser en ocasiones muy agresivos con el entorno si nuestro mantenimiento dependía de ello, llegamos incluso a influir en la rarefacción de especies y hasta determinamos la desaparición de un buen número de ellas, competidoras o de las que nos nutríamos, pero la huella conjunta que dejábamos era liviana.

Milenios después, a partir de que aprendiéramos a domeñar un puñado de especies naturales mediante la agricultura y la ganadería, nos pudimos volver sedentarios y, con



Vivimos en un planeta muy modificado por nuestra especie. Utilizando una forma de expresión simplificada, es todavía materia de discusión cuantificar este “muy”, pero parece fuera de toda duda que ya hemos superado con creces la etapa anterior de “bastante”. Esto tiene implicaciones a escala global que se manifiestan en la alteración de procesos a gran escala como la temperatura planetaria, el movimiento de circulación atmosférica, el de las corrientes marinas o la pérdida de biodiversidad

ello, aumentamos nuestras poblaciones y desarrollamos nuevas fórmulas de organización y de relación social que reemplazaron a los viejos usos de las sociedades cazadoras-recolectoras. A partir de ahí, comenzamos a contemplar el mundo bajo un esquema compartimentado.

Cartografiando el territorio

Posiblemente las dos primeras categorías con las que tratamos de clasificar el mundo que nos rodeaba fueron la distinción entre lo próximo, lo que nos era familiar y estaba bajo relativo control, y lo retirado, lo misterioso y que nos generaba temor. Los romanos mejoraron esta caracterización etiquetando el territorio según su grado de apropiación y culturización. Así, distinguían entre la *civitas* o *urbs* (el espacio habitado construido y cercano); el *ager* (el espacio cultivado), y el *saltus* y la *sylva* (los lugares de lo inculto: más visitado y visitable en el caso del *saltus*, que adquiría las diferentes formas de pastizales y matorrales que eran dominio del ganado, y en el caso de la *sylva*, el lugar

casi ajeno a la explotación, reservado a los aprovechamientos cinegéticos y otros reducidos de cuando fuimos cazadores-recolectores).

Cada una de estas categorías se ha caracterizado por un grado de artificialización o manejo de la naturaleza, cuantitativa, y también cualitativamente, distinto: desde el máximo grado de intervención de ciudades y pueblos, hasta el modelado que podía ser prácticamente nulo de los espacios boscosos. Convertimos este último territorio en repositorio de nuestras fobias y filias, de modo que cuando adoptamos la conciencia racionalista albergó todo lo silvestre y salvaje, mientras que cuando fuimos románticos era el lugar de la fantasía y el misterio.

En cualquier caso, convinimos en que el espacio poco intervenido era el cobijo de la naturaleza más pura; una naturaleza que más allá del *limes* de la *sylva* iba perdiendo poco a poco parte de sus componentes, de la sustancia de la que está hecha, que eran reemplazados por los elementos que aportaba el artificio que trae consigo el desarrollo humano.

Con el paso del tiempo, el grado de par-

ticipación de estas categorías espaciales (*civitas* / *ager* / *saltus* / *sylva*) sobre el conjunto del territorio global fue variando. Dos factores principales actuaron favoreciendo este cambio de tendencia: el crecimiento de la población y la innovación tecnológica. Como resultado, lo que inicialmente era una matriz territorial en la que los espacios manejados eran como pequeñas islas en un océano de naturaleza nada o poco alterada, pasó a convertirse en su imagen especular: un continente de territorio humanizado en el que, de forma cada vez más aislada, se mantienen retazos de lugares poco o nada intervenidos.

La “huella” de la especie humana

A tal extremo ha llegado el nivel de modificación, que la huella que deja la especie humana sobre el planeta ha comenzado a tener una impronta geológica. Ya no se trata de modificaciones más o menos locales cuyo efecto pueda tener una duración acotada en el tiempo: el efecto es tan global y tan a largo plazo que los geólogos han concerta-

do entre ellos que hemos atravesado el umbral de un período geológico y que a partir de estas décadas tendremos que aprender en los libros de texto que transitamos por un nuevo periodo denominado Antropoceno. Tanto como decir que nuestra influencia es comparativamente equivalente a la erupción de un volcán con efectos a escala continental o la culminación de una serie de pulsos glaciares.

Vivimos en un planeta muy modificado por nuestra especie. Utilizando una forma de expresión simplificada, es todavía materia de discusión cuantificar este “muy”, pero parece fuera de toda duda que ya hemos superado con creces la etapa anterior de “bastante”. Esto tiene implicaciones a escala global que se manifiestan en la alteración de procesos a gran escala como la temperatura planetaria, el movimiento de circulación atmosférica, el de las corrientes marinas o la pérdida de biodiversidad. Y recién estamos comprendiendo los efectos que pueden tener estas modificaciones, sobre todo su incidencia en nuestro futuro común, más allá de las necesidades y apegos del presente.

Es obligado mencionar la pérdida de biodiversidad como uno de los efectos de este gran cambio global en que vivimos. Sin embargo, la utilización del concepto biodiversidad, que parece más bien un inquilino de los textos académicos, puede provocarnos cierta sensación de ser un problema lejano, relevante quizás, pero fuera de nuestro alcance. Que estamos ante la reducción de un balance poco comprendido y, en cierta manera, ajeno, o ante la disminución de un capital inicial enorme que apenas se debería sentir amenazado por el menoscabo que suponga el destino que corra alguna especie.

Sería aconsejable por eso *deconstruir* el término biodiversidad, cuyo gran éxito como concepto aglutinador, como gran síntesis de lo viviente, puede pasarle factura si no reparamos que es equivalente al canto del ruiseñor o al vuelo inesperado de una perdiz. O si nos paramos a pensar en que con la pérdida de biodiversidad estamos abarcando mucho más que la desaparición de especies. Lo que, siendo trascendente por sus valores culturales, por sus posibles usos utilitarios (como posible fuente de algún tipo de recurso futuro actualmente desconocido), por sus valores estéticos o, simplemen-

te, por razones éticas de convivencia, coexistencia o cohabitación en un mundo común, no es lo único que nos debería importar. Porque la pérdida de la vida que nos acompaña es un indicador de algo mucho más sensible, más aprehensible por nuestro conocimiento y por nuestras emociones: la pérdida de naturaleza, ese concepto al que hemos ido trayendo espacio (físico y significativo) a lo largo de nuestra historia, y que continuamos irrefrenablemente arrinconando.

Nuestra relación con la naturaleza

El concepto naturaleza ha variado mucho desde que los griegos introdujeran el término *physis*. De ser algo cuya ubicación estaba en lo interior de cada ser, en su esencia (lo que se conserva en expresiones como “la naturaleza humana”), pasó a denominar al lugar físico situado más allá de la frontera de la civilización y de la cultura. Originariamente no eran espacios completamente disjuntos: la naturaleza aparecía entreverada en el territorio manejado, formando parte del *saltus*, del *ager* y también de la *civis*. Una naturaleza que también se hibrida con lo humano, dando como resultado un gradiente de situaciones en el que los extremos son reconocibles (lo completamente artificializado y lo completamente desprovisto de artificialidad), pero que están situados tras recorrer un *continuum* de situaciones intermedias.

El eje de la cuestión es que no deberíamos prescindir de lo natural. De hecho, hay quien afirma que no podríamos hacerlo. Pero, al ser una sentencia que puede estar sujeta a duda metodológica (¿cómo descartar que la especie humana pueda desarrollarse en espacios totalmente intervenidos, como se imagina en novelas y películas de ciencia ficción o forma parte de los sueños de colonización espacial?), situemos la tesis en un grado menor de certidumbre.

Hay buenas razones para desaconsejar prescindir de la naturaleza. Algunas de ellas están ligadas a nuestro propio bienestar socioeconómico a gran escala (y, en este sentido, cada vez es mayor la evidencia de los bienes y servicios que nos aporta la biosfera por su mero funcionamiento), pero también son constatables a escala de mayor detalle:

el sector pesquero, del cual depende una fracción nada desdeñable de nuestra alimentación, continúa practicando un enfoque propio de cazadores (pescadores en este caso) / recolectores; los grandes desequilibrios debidos a la irrupción de plagas y enfermedades son más frecuentes en entornos en donde se han reducido las tramas ecológicas y los mecanismos de autorregulación ecosistémicos; la existencia de vegetación aguas arriba de nuestra parcela puede ser la mejor garantía para que la fuerza del agua no nos descapitalice de suelo fértil, los mismos suelos que siguen dependiendo de la flora y fauna (especialmente la muy pequeña) para restituir la fertilidad.

Todo esto lo conocemos. De hecho, hemos sido lo suficientemente sensatos como para practicar la *biomimesis* a la hora de incorporar técnicas de manejo que aprenden del funcionamiento de los ecosistemas y sus componentes para mejorar nuestras producciones, de modo que en los invernaderos hortofrutícolas las plagas son controladas por la suelta de especies predatoras o cuidamos el suelo de los olivares y otros cultivos mediante el manejo de cubiertas vegetales herbáceas.

Pero a las razones utilitarias se le unen, como decíamos, razones de tipo ético y, por qué no decirlo, estético. Cada uno de nosotros comparte en un grado distinto cierta tendencia a la *biofilia*, es decir, disfrutamos de un mejor estado de ánimo (o de espíritu, que etimológicamente parece ser lo mismo, pero que son facetas distintas de nuestra humanidad) cuando estamos en conexión con eso que llamamos naturaleza. Es cierto que este nivel de querencia es muy variable, pero es seguro que todos podremos reconocer un cierto nivel de empatía hacia la vida en sus diferentes manifestaciones. Y esto, además, lo ponemos en práctica, muchas veces casi sin darnos cuenta.

En general preferimos no dañar que hacer daño de forma innecesaria, apreciando la distinción entre una biodiversidad “buena” y otra “mala” en función de si es o no competitiva con nuestras actividades. Y lo que a menudo echamos en falta son técnicas, enfoques, modos de ser civilizados que comprometan lo mínimo posible a las otras especies. Eso no significa caer en la ingenuidad de desdeñar o no reconocer la gran capacidad que tenemos para actuar como especie

avasalladora de muchas otras en pos de satisfacer nuestras necesidades o deseos, o de ignorar nuestra habilidad (y hasta disposición) para infringir daño innecesario de modo gratuito, bien porque no nos demos cuenta, bien porque seamos consciente de ello y esa sea nuestra intención.

La agricultura, como espacio de oportunidad

La agricultura, por el lugar en donde se hace (en el *ager* y el *saltus*, esos espacios intermedios de artificialización), por lo que hace y por cómo lo hace, es un espacio de oportunidad para establecer relaciones más amables de convivencia, coexistencia y cohabitación con la naturaleza, y esto es algo que resulta aún más polémico, en el sentido de requerir debate y discusión. La identificación de ser un “espacio de oportunidad” no parte solamente de los que practican la agricultura (que podríamos pensar que estarían plenamente legitimados para ello), sino (y es aquí donde surgen los principales conflictos sociales) que, con frecuencia, se hace desde el espacio más alejado de la naturaleza, desde la *civis*, de tal modo que parece que se pretende expurgar el sentimiento urbano de carencia y apropiación de la naturaleza recuperando en el *ager* y en el *saltus* parte del terreno que la civilización sustrajo para su servicio. Bajo este prisma, el campo sería una suerte de espacio de remisión, de ámbito para ejercer la penitencia por los excesos cometidos con el atrincheramiento al que hemos sometido a la naturaleza.

Para esta discusión conviene no perderse en los detalles; es decir, no caer en simplificaciones rotundas, en tajantes alternativas dicotómicas. Situemos el foco de nuevo en un extremo: ¿tener más en cuenta la naturaleza significa renunciar a la actividad agraria y ganadera? Desde luego que no debería ser así, aunque ello no es óbice para reconocer que a veces una solución posible sea renunciar a los aprovechamientos para destinar parte del territorio a limitarse a ser naturaleza.

Somos cada vez más numerosos y nuestro principal imperativo moral debe ser cuidarnos entre nosotros, que no otra cosa es la obligación que nos impusimos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos

de comportarnos fraternalmente los unos con los otros. No es la única razón para ello, pero una consecuencia lógica de este deber es esforzarnos en producir alimentos suficientes. Aunque realizar valoraciones generales sea aventurado, no hay duda de que nuestros avances en las últimas décadas se han sustentado en buena medida en el avance tecnológico. Teniendo en cuenta el aumento de población que ha tenido lugar, el balance arroja un resultado llamativo: si en 1961 cada persona se alimentaba, como media, con 0,45 ha de terreno, en 2010 esta cifra se redujo a la mitad, a 0,22 ha. Y tendremos que seguir en esta línea para poder acompañar a la tendencia poblacional. Pero no debería ser a cualquier precio, porque sería contraproducente para nuestra propia supervivencia.

Al mismo tiempo, se sigue produciendo la colonización de la naturaleza y su transformación en *saltus*, *ager* o *civis*, especialmente en los países con un crecimiento poblacional más pujante, ya que, en los países que primero se adentraron en la nueva época de la historia a raíz de la revolución industrial, se está produciendo una contracción del espacio muy manejado. Estamos, pues, ante una situación paradójica en la que la demanda de mayor cantidad de alimentos está recibiendo respuestas distintas, que van desde la superespecialización productiva que arrastra el abandono del territorio marginal, hasta la mayor fragmentación de los antiguos terrenos naturales por la puesta en cultivo de nuevas tierras manejadas.

Tenemos necesidad de seguir incorporando tecnología en aras de nuestro bienestar, si bien lo deberíamos llevar a cabo prestando cada vez mayor atención a dejar la menor huella posible. La tecnología de por sí es neutra: lo evaluable son los resultados de su aplicación y los efectos que tenga sobre los atributos que consideremos. Estamos interiorizando reglas de comportamiento sencillas, como la de no ser agresivos con la naturaleza no domesticada si no es necesario, y si debemos serlo, reparar o compensar favoreciendo la vida en otros lugares. Y nos hemos convencido de que para que el sistema agroalimentario que nos sustenta siga siendo robusto, para garantizar su continuidad, es preciso que el contexto ambiental sea el adecuado, en-

tendiendo como adecuado aquel que permite que nuestras sociedades se desarrollen, al menos, bajos los parámetros actuales. Porque si bien siempre nos podría caer el cielo sobre la cabeza, como teme Astérix el Galo, que el desastre proceda de nuestra impericia no dejaría de ser una tontería que deberíamos evitar.

La llamada de atención por un medio ambiente más amigable y por unas prácticas menos agresivas y, utilizando el concepto estandarizado, más sostenibles, ya forma parte del núcleo esencial de cualquier recetario para nuestro mejor futuro, venga desde donde venga. Estamos en este camino, y contamos con un abanico de fórmulas para recorrerlo. Solo basta reparar en la evolución que ha experimentado la política agraria europea, con su progresivo interés en reconducir la agricultura hacia una actividad productora no solo de alimentos, sino también de biodiversidad.

Hay muchos modos de emprender la tarea de ejercer la actividad agrícola o ganadera de forma más amable con el entorno. Enfoquémonos en el tema que estamos abordando: traer de nuevo la naturaleza a nuestro ámbito, recuperar naturaleza. Como hemos visto, no es una elección de todo o nada, ya que puede expresarse en fórmulas ilimitadas que impliquen distintos tipos de maridajes entre lo artificial y lo natural.

¿Renaturalizar el *ager*, el *saltus* y, por qué no, también la *civis*?

Si utilizamos el concepto de “renaturalizar”, podremos conjugarlo con distintos verbos: asilvestrar sea quizás el más intuitivo, pero podríamos incorporar otros términos, algunos incluso de nuevo cuño como remontizar, agrestizar o asalvajear. Renaturalizar el campo y la superficie de pastizal dedicada al manejo ganadero puede incluir actuaciones “pequeñas” como crear espacios más favorables para la fauna y la flora integrados en la explotación (un ribazo menos apurado, un cornijal repoblado, una caja de anidación para aves). Instalar un seto vegetal entre invernaderos nos aportará biodiversidad y algo de embellecimiento, pero también puede ser entendido como toda una declaración de intenciones.



La llamada de atención por un medio ambiente más amigable y por unas prácticas menos agresivas y, utilizando el concepto estandarizado, más sostenibles, ya forma parte del núcleo esencial de cualquier recetario para nuestro mejor futuro, venga desde donde venga. Estamos en este camino, y contamos con un abanico de fórmulas para recorrerlo

Si contemplamos las diferentes agriculturas y ganaderías, desde las muy tecnificadas (verdaderas industrias de producción agroalimentaria) hasta las más extensivas formas de aprovechamiento, en cada situación podremos identificar fórmulas particulares de introducir la naturaleza, hasta llegar al extremo del abandono de la actividad agraria para orientar el territorio a la producción de naturaleza. Y tengamos en cuenta que también podemos incorporar naturaleza en las ciudades y en los espacios urbanos en sentido amplio (también en el área de influencia urbana, incluyendo a los descampados, esos terrenos con un nombre tan gráfico, que perdieron su carácter de *ager* sin que temporalmente hayan llegado a ser *civis*).

El verbo que utilicemos a menudo demarcará nuestro posicionamiento ante el gradiente entre lo muy artificial y lo muy natural. Renaturalizar, naturalizar, asilvestrar, incluso agrestizar o asalvar, o el muy extendido en la disciplina de la biología de la conservación "*rewilding*". En su acepción más amplia, *rewilding* serían las actuaciones sobre un territorio orientadas a restaurarlo o devolverlo a un supuesto estado cercano al

original (previo a la intervención humana). Implica también proteger los procesos naturales favoreciendo la conectividad ecológica. Y sitúa el énfasis en proteger o reintroducir grandes depredadores y especies claves para lograr la autorregulación de los ecosistemas.

Este tipo de enfoques suelen proceder del ámbito urbano y, en este sentido, son identificados como propios de una visión que desde la *civis* contempla el *ager* y el *saltus* como lugares en donde cumplir el deseo de lograr cierta reconciliación con la naturaleza. Esta perspectiva queda reforzada por la extensión creciente de espacios cada vez más deshabitados que tienden a ser identificados como desiertos de actividad humana.

Posiblemente sea esta malinterpretación la que genera los principales conflictos entre, de un lado, los proponentes de este modelo de renaturalización y, de otro, los habitantes del medio rural, que son los que desarrollan todavía en el *ager* y en el *saltus* su vida social y económica. Porque en nuestro ámbito geográfico, recuperar estas grandes especies de fauna supone ocupar un territorio preocupado en el que las actividades actuales se realizan sin la habituación a esos

nuevos habitantes, ya sean de nuevo ingreso o de reingreso.

Este tipo de conflictos ya los estamos viviendo y es pronosticable que cada vez sean más frecuentes. De hecho, no hace falta siquiera poner en práctica la voluntad o el deseo de reintegrar especies o recuperar ecosistemas: estas y estos pueden venir por sí solos mediante desplazamiento autónomo. El caso del lobo es un ejemplo actual de la visión contrapuesta de la *civis* (aunque sea expresada desde el propio medio rural) respecto al *ager* y el *saltus*.

En realidad, el *rewilding* lo llevamos haciendo desde hace tiempo. En los años setenta y ochenta del pasado siglo XX fue frecuente realizar sueltas de ciervos en lugares en donde hacía mucho tiempo que no vivían. Se han introducido gamos, corzos, cabras montesas, rebecos o especies foráneas como muflones. Osos y linces han sido objeto de programas de conservación oficiales. Y, recientemente, se han soltado castores en el río Ebro ejerciendo de aprendices de brujos ecológicos, cambiando las reglas de juego sin tan siquiera haber pasado por una imprescindible fase de estudio científico y debate social.

Donde quiera que se dé lugar a una confrontación por el uso del espacio, iniciativas de tipo *rewilding* tendrán detractores. Y aunque se reclame con honestidad amplios consensos sociales, y se remarque que es posible alcanzar consensos, que se pueden buscar lugares adecuados, lo cierto es que en demasiadas ocasiones se olvida que el territorio rural no es un vacío para llenar a pesar de que sea progresivo el proceso de vaciamiento.

Lo que es evidente es que, cuando el uso del territorio es muy extensivo, los actores territoriales son escasos y su capacidad de reivindicación es muy limitada. En consecuencia, las iniciativas foráneas tienen más posibilidades de arraigar. Iniciativas que, por otra parte, suelen ser importadas desde el espacio físico o mental de la *civis*. Por ello no es de extrañar que, desde los territorios aún enraizados en el *ager* y el *saltus*, se perciban estos desembarcos como deslocalizaciones de necesidades ajenas de las que se sienten víctimas propiciatorias; es decir, como la réplica ecologista de actuaciones de índole aparentemente distinta (la construcción de embalses, el trazado de grandes viarios de comunicación o la instalación de infraestructura energética) que ponen igualmente al *ager* y al *saltus* al servicio de la *urbs*.

Reflexiones finales

Situado en un contexto apropiado, el *rewilding*, como hemos apuntado, es una de las posibles modalidades de recuperar naturaleza. Como expone Isabella Tree en un libro inspirador, *Wilding*, hay opción para renaturalizaciones de grano más fino, asilvestramientos más modestos cuyo objetivo sea dotar de mayor naturalidad al *ager* y al *saltus*. Dejar espacio y ocasión para que nos vuelvan a acompañar elementos que se perdieron y que están todavía próximos o para que las especies inocuas o poco competidoras desde el punto de vista de su relación con nuestra actividad sean más prósperas. A partir de su experiencia en una finca señorial en el sur de Inglaterra, la autora llega a una conclusión que creo que todos podríamos compartir: "Lo importante no es tanto recuperar lo perdido para recrear un supuesto pasado mejor (sea cual fuere), sino decidir cómo queremos gestionar nuestros espacios mirando hacia el futuro".

Después de todo, la actividad agraria siempre ha sido naturaleza: domesticada, pero naturaleza en su esencia. Y, además, se lleva a cabo en un territorio compartido con la naturaleza silvestre, la no domeñada. Por eso, no es extraño que esta visión de la agri-

cultura, mestiza con la naturaleza, sea la que mejor nos represente. Y si no, que se lo digan a los que en un futuro previsiblemente lejano intercepten a las naves Voyager I y II, que despegaron de la Tierra en 1977 y que ya van camino del universo más allá del sistema solar.

Vuelan por el espacio interestelar a unos 60.000 km/h. No tienen prisa porque tardarán 40.000 años en alcanzar la estrella más próxima. Por si alguien las encuentra, llevan en su bodega un disco de oro, una especie de CD-Rom en el que los científicos Carl Sagan y Ann Druyan grabaron un repertorio de sonidos del planeta Tierra. Quien quiera que fuere, podrá escuchar saludos en 55 idiomas, el rugido de un volcán, el sonido del mar y de la lluvia cayendo, las llamadas de un chimpancé o el beso de una madre a su hijo. Entre los registros hay uno que les evocaría la actividad productora de alimentos. En una pieza de 56 segundos, los balidos de un rebaño de ovejas se superponen al trino campestre de un ave; alguien utiliza lo que se diría que es una sierra manual; se escucha un tractor.

Los alienígenas del futuro comprenderán que nuestra civilización es lo suficientemente sensata como para haber sabido domesticar la naturaleza sin prescindir de ella. ■